

La transformación*

Karen López

Esta no es una historia común... es una historia de dos orugas que estuvieron juntas desde que nacieron. Una de ellas era pequeña, un poco regordeta, que siempre tenía en su rostro una sonrisa gracias a la otra que la acompañaba. La otra era más delgada, y aunque la mayoría del tiempo su rostro estaba serio, su sonrisa brillaba cuando compartía momentos a solas con la que ahora era como su sombra.

Todas las tardes salían del escondite de hojas en el que se ocultaban y miraban con cuidado lo que para las pequeñas orugas era “el adiós del sol”. ¿Qué mejor vida que esa? Sus días pasaban entre risas y conversaciones, y aunque a veces tenían que ir a reuniones aburridas con los demás, siempre estaban juntas.

La más regordeta se llamaba Azul, o bueno, así le decían todos sus conocidos porque estaba pintada completamente de un hermoso azul que brillaba con la luz del sol. La más delgada era llamada Violeta: su delgado cuerpo, hermoso, estaba pintado de ese mismo color y era una de las pocas orugas de ese tono.

Tiempo después les explicaron que, cuando llegara el momento, se convertirían en hermosas mariposas que podrían volar, ver

* Cuento invitado de la revista literaria de la Universidad ECCI *Voices Journal*. La autora es egresada de Lenguas Modernas de dicha universidad.

y sentir todo lo que la naturaleza podía ofrecerles. “El día de la transformación”, como lo llamaban los antepasados, era un día en que todo podía pasar, tanto cosas buenas como malas. Según las enseñanzas, aquel proceso era el que daba equilibrio a su comunidad, ya que las orugas se volvían adultas para guiar a las demás durante el camino.

Unos días después, en una noche estrellada, aquellas pequeñas e inocentes orugas estaban en silencio mirando hacia el cielo. No sabían qué pasaría luego de ese día; trataban de no pensar en historias tristes que les habían contado durante ese tiempo, pero era inevitable no sentir miedo a lo desconocido.

Cuando el momento llegó, el primero fue Azul. Recorrió una firme rama y encontró ese sitio exacto donde pasaría el tiempo necesario para que su transformación se llevara a cabo. Y luego Violeta hizo lo mismo, en la rama que se encontraba frente a la que había elegido Azul.

Las dos orugas se quedaron allí mientras un manto de su color envolvía su cuerpo y las preparaba para el cambio.

El primero en salir fue Azul. Todos a su alrededor estaban impresionados por ver tan hermoso color en sus alas: eran tan brillantes como la sonrisa que se formaba en su rostro al ver a Violeta. Luego de un rato Violeta pudo salir y extendió de manera majestuosa unas hermosas y grandes alas.

Qué hermosas alas, qué perfecta pareja... , qué gran tristeza.

Cuando Azul, emocionado fue a hablarle a Violeta para saber cómo se sentía, esta lo congeló con una simple frase: “¿Quién eres?”. No podía ser posible, simplemente no podía. Lo que unos días atrás los asustaba, en ese momento se había vuelto realidad. Sus alas pararon todo aleteo y, con rudeza, cayó hacia la tierra. A su alrededor todos intentaban consolarlo, diciéndole que tal vez era un efecto extraño de la transformación. Pero Azul estaba triste, tan triste que sus alas comenzaron a perder brillo y su sonrisa fue apagándose poco a poco.

Ilustración: Luciana Francesca

